



RESULTA QUE ANTES A QUIENES VEÍAMOS hablando solos les decíamos locos. Hoy no siempre pudiera ser así.

Esta furiosa moda del teléfono móvil me lleva a recordar los últimos años de la década del 60, cuando el *último grito* eran los radios portátiles.

Había un señor en Regla que se sentaba cada atardecer en la parada de la guagua ubicada frente al cabaret *Arco Iris* con un radio de aquellos. Usaba una camisa de nylon con un perfume que espantaba a un muerto. Allí permanecía horas como un tonto cabal viendo subir y bajar gentes de la guagua, mientras buscaba las estaciones que difundían la música de moda para llamar la atención.

A veces algunos de esos radios penetraba en el ómnibus donde ya había otros funcionando, y se formaba un ajiaco musical que deterioraba los límites de la tolerancia de alguien; como una vez sucedió en una ruta 5, donde –según mi madre– un hombre tenía sintonizado al cuarteto *Las de Aida*, otro a Nino Bravo, otro a José Tejedor y otro un torneo de boxeo.

Yo añoraba tener uno de aquellos radios como hoy casi cualquiera desea una computadora. No lo tuve hasta años después. Fue un VEF-206,

por Miguel SABATER
fotos: Orlando MÁRQUEZ



Eso que anda

Una especie de epidemia invade las calles de La Habana: la moda del celular.

soviético, que mi madre me prometió a cambio de que me portara bien en la secundaria y me ganara los bonos de emulación en “la escuela al campo”. Mi madre hizo una cola de días en una de las tiendas de Regla donde hubo una mesa sueca con todos los platos fuertes de la más auténtica cocina de la chusma cubana: desde empujones, mentadas de madres, mordidas, halones de pelo y movilización de la policía, a la que no le fue fácil controlar aquella reyerta pública a punto de convertirse en una pequeña guerra civil.

Finalmente mi madre logró salir ileso por la puerta de la tienda con el radio en alto como un trofeo adquirido en un campeonato de lucha libre; con el cual, por fin, pude escuchar las

noticias y reportajes culturales de Radio Exterior de España, la BBC de Londres y una emisora norteamericana que entraba por la onda larga cuyo nombre no recuerdo, donde se transmitía lo mejor de la música rock del momento, que era sintonizada por gran parte de los jóvenes.

Lo lamentable de todo esto es que ella cumplió su promesa pero yo no la mía. Seguí siendo un chistoso irremediable en las clases con índices académicos pésimos. Yo trataba de consolarla diciéndole: *No te preocupes, a mí lo que me gusta es escribir, y eso no se aprende en ningún colegio.*

El radio portátil tuvo su esplendor público hasta que la grabadora le quitó la primacía. Esta, a diferencia de aquél,

poseía la ventaja de emitir la música sostenida del intérprete que al dueño se le antojara, sin las interrupciones de los locutores, quienes, entre canción y canción, anunciaban las noticias de superproducciones nacionales de huevos, tomates, plátanos, bolsitas de café..., violencia en New York y eternas guerras en el Medio Oriente.

Oír la radio públicamente entonces ya era un hecho ridículo. Las grabadoras eran el *último grito*, pero no abundaban. Algunos las llevaban por la calle como en otra época se habían exhibido los radios, y otros se sentaban en un parque hasta las tantas de la madrugada acompañados de muchachos que sólo así (o en algunas

fiestas de 15) se nos ofrecía la oportunidad de escuchar a José Feliciano, Julio Iglesias o Roberto Carlos, a quienes la radio y la televisión en Cuba no difundían sin que supiéramos por qué.

Sin embargo llegó el momento histórico de las grabadoras. Fue, también, gracias a los soviéticos, en virtud de uno de cuyos generosos contratos comerciales empezaron a ocupar las tiendas con unas enormes grabadoras, pero carentes de buena presencia y muy pesadas. Para llevarlas sin tormento por la calle había que comerse un toro. Si eras delgado pero lo suficientemente desafiante como para sacarla a la calle, el brazo se te ponía tenso y las venas salían a flor de piel como especie de mondongos. Al cuarto de hora de estar el dueño con ella tenía que empezar a pasársela de una mano a la otra en un singular juego malabárico, mientras el peso lo iba tumbando de lado como una “Torre de Pisa” andante.

Más temprano que tarde aquellas grabadoras soviéticas empezaron a manifestar síntomas sicopáticos. Eran suicidas, pues enredaban las cintas y partían sus ligas, y la gente cogió miedo creyendo que en cualquier momento les diera por comerse los dedos con que eran agarradas; por lo

que fueron abandonadas en los rincones más olvidados de los recintos domésticos.

El efecto eléctrico de procedencia soviética que en verdad puso muy alto el nombre de los rusos en Cuba fue el ventilador plástico Órbita o Juan Primito (que venía con el refrigerador soviético pero se vendía aparte), el cual ha resultado tener más vidas que Frankenstein, pues aunque cayeran de la azotea de un rascacielos seguían funcionando. Son los efectos eléctricos más masoquistas que hayan podido verse en la tierra. Si un matrimonio mal llevado se fajaba y echaban mano del Juan Primito tirándose lo incansablemente uno contra el otro, él único que quedaba ileso en la contienda era el ventilador. Si se les partía el botón regulador de velocidades, que siempre terminaba siendo una, seguían en pie con el eje. Si se les descolgaba la cabeza donde van las aspas admitían que lo tensaran con un alambre, y seguían echando aire. Su misteriosa perdurabilidad es tan asombrosa como digna de estudiarse.

Con el teléfono celular está sucediendo algo parecido que con los radios y grabadoras portátiles. Se ha convertido en una fiebre, ¡y qué fiebre!

Se trata de un invento de los 90. Fue Inglaterra el primer país del mundo en ofrecer servicios de redes de comunicación personal para ser utilizadas en la casa, el trabajo o de un modo portátil. El sistema es una versión en miniatura de las grandes redes de radio, y su nombre lo recibe de las unidades células en que se divide un territorio. Las células tienen un radio que oscila de 1,5 a 2,4 km, equipadas con una emisora de radio que posee su propia gama de frecuencia. Cuando el teléfono móvil se desplaza por esta serie de células, las llamadas de los usuarios van cambiando de una célula a otra a través de un sistema automatizado. Según datos oficiales hace diez años en Inglaterra había 2,2 millones de usuarios de radiotéfonos móviles, y su número ha crecido en Europa en cifras insospechadas. Al principio los sistemas celulares eran analógicos. Hoy día casi todos son digitales.

Indiscutiblemente los celulares ofrecen beneficios a sus poseedores. El poder emitir o recibir información en cualquier sitio en que se esté es un hecho ventajoso.

Las anécdotas sobre estos pequeños artefactos son diversas y algunas muy curiosas. Por ejemplo hace poco tiempo me encontraba



**Detrás de los celulares
hay un mundo de cosas.
Una de las más asombrosas
es que quien lo disfruta
lo debe casi siempre
a la identidad
de un extranjero,
que lo registra
a su nombre para que
lo use un cubano
que luego puede regalarlo,
cambiarlo o venderlo a otro.**



entrevistando a algunos artesanos de La Habana Vieja para hacer un reportaje cuando vi a un hombre totalmente fuera de sí discutiendo con alguien a través de su móvil. Mientras con una mano sujetaba el celular pegado al oído, con la otra hacía bruscos ademanes, hasta que perdió el sentido del trayecto y se impactó contra uno de los kioscos tumbando una tarima sobre la cual había tallas de madera. El artesano lo miraba con deseos de que se lo tragara la tierra. Durante el percance el teléfono había caído al suelo, y en lo que su dueño se levantaba alguien –con la agresividad de un buitre que se lanza a la carroña– no perdió el más mínimo tiempo para llevárselo, y no apareció un policía.

Hace algunos meses, mientras me encontraba como oyente en una conferencia de cierta institución de La Habana, sonó un celular en el público. Esta fue toda la conversación:

–Dime.

–(...)

–Todavía tengo fiebre.

–(.....)

–¿Qué sé yo cuánta fiebre, mamá?!

El hombre apagó el móvil como si estuviera sentado en un parque, mientras algunos asistentes lo miraban boquiabiertos. Pero él tranquilo. Como si nada.

Una tarde, mientras nos encontrábamos viajando cuatro personas en el asiento trasero de un automóvil de alquiler hacia Guanabo, por poco salgo por el techo al escuchar la poderosa voz de un moreno gordo con tres cadenas de oro que viajaba en el carro, quien dijo sorprendentemente:

–Oye, ya estoy llegando al Trébol. Hazme muchas papas fritas.

Uno de los aspectos más subyugantes de este asunto atañe a los clientes, cuya variedad implica a toda suerte de gente. Los hay desde muchachos y muchachas jóvenes hasta profesionales y otros tipos de usuarios. Los hombres andan con el artefacto sujeto al cinto. Las mujeres prefieren llevarlo en su cartera. Pero hay quienes lo llevan en la mano; parece que así da mucha *pista*.

Sin embargo el celular es muy generoso. Si te enredas con un cálculo matemático le das al botón del menú y te sale una calculadora. Si subes por un ascensor y se te ocurre saber a qué distancia vas del nivel del mar, le das al botón y te sale el registro de altura. Si estás aburrido, le das al botón y te salen opciones de juego. Si deseas tomar una foto al paisaje, le das a un botón y ya está la imagen.

Hace unos días me sorprendió un bravío aguacero en la esquina de 51 y 114 en Marianao, y no tuve otra alternativa que coger un carro. Dos cuadras después montó una muchacha con notable aspecto de jinetera, y apenas se hubo sentado abrió la cartera, sacó un celular y se puso a jugar el jueguito del come-come. Iba tan ensimismada en aquello a pesar de los truenos, que el hombre que tenía al lado me miraba asombrado al constatar el inaudito índice de su capacidad de bobería.

–Óigame –le dijo el hombre finalmente–, nos vamos a electrocutar aquí dentro.

–¿Como a electrocutar? –dijo la muchacha sin entender.

–¿Usted no sabe que el celular encendido atrae a las descargas eléctricas? Mi hermano murió carbonizado.

–¿Por un celular? –dijo ella.

–No, por un rayo.

No se me ocurrió verificar si el móvil atrae a los rayos. De todos modos a ella le importó un comino, pero a mí empezó a dominarme el miedo. Ella siguió aferrada al teléfono mordiéndose los labios y dándole con frenesí a los botones.

Creo que los celulares tragan más dinero que la alcancía del nieto de un millonario. Un minuto de servicio en Cuba hasta las seis de la tarde importa medio peso convertible. Evidentemente para sostener sus cuentas hay que procurarse a la gallina de los huevos de oro. Pero el cubano –que ante cada pro tiene su contra– ya inventó sus soluciones. Cuando alguien llama a su celular, él da más o

menos este tipo de contestas telegráficas:

Ok, luego te llamo.

Todo bien, después hablamos

La cosa salió sin problemas, más tarde te cuento.

El cliente termina la llamada, y se va al teléfono público o, en el peor de los casos, al de la inocente víctima del vecino, donde entonces descarga tres o cuatro sacos de palabras, porque en eso de hablar y hablar y hablar no hay en el mundo quien nos ponga el pie delante.

¿Y qué decir de los exhibicionistas? Sacan el celular en los sitios más concurridos para ponerse a hablar dando paseítos de un lado a otro, con lo cual pretenden dar la impresión de ser personas importantes. Siempre hay un mentecato que los complace mirándolos con la boca abierta.

En fin, detrás de los celulares hay un mundo de cosas. Una de las más asombrosas es que quien lo disfruta lo debe casi siempre a la identidad de un extranjero, que lo registra a su nombre para que lo use un cubano que luego puede regalarlo, cambiarlo o venderlo a otro; éste pudiera hacer lo mismo, y así sucesivamente. De modo que una cuenta de celular genera una cordillera de *dueños* que legalmente no lo son.

¿Por qué un cubano que pueda sostener financieramente una cuenta de celular no puede matricularlo a su nombre? Si uno le pone seso a esto tratando de encontrarle una razón correrá el riesgo de que su cerebro se haga un chicharrón sin resolver el misterio. Sencillamente no tiene pies ni cabeza. Mas éste no es el único caso.

Evidentemente cada cosa tiene su tiempo, y cada tiempo se distingue por sus cosas. Lo tuvieron los radios portátiles, las grabadoras, las camisas de nylon, los auténticos y tan emotivos días de Reyes Magos, el bacalao, la merluza, y tantas cosas que el tiempo se llevó, y que no han vuelto. Ya es hora de ingresar en esta lista a los celulares, digo a los calamares. Hace más de un año estoy detrás de ellos. Ω